

D. FELIPE PARDO Y ALIAGA.

D. FELIPE PARDO Y ALIAGA.

AL SR. D. J. J. DE OLMEDO.

ODA.

Cortante espada que en feroz contienda
Abatió vencedora
Cabezas enemigas,
Y fué con sus reflejos tan tremenda
Cual la lumbrera del rayo destructora,
Yazga en quietud eterna sumergida ;
En negro orín el tiempo
Envolverá su brillo deslumbrante
Y su filo tajante ;
Hasta que, carcomida,
Al impulso más leve
Veráse en sucio polvo convertida.

Al alazán brioso
Que no temió erizadas bayonetas
De fuertes batallones ;
Que por entre los fuegos discurría,
Con vistosos arqueos
Las manos levantando,
Como pudiera en fiestas y torneos ;
Que ágil, veloz, impávido y fogoso,

Densas filas rompía,
Y hollaba con sus plantas
Mil cuerpos de guerreros expirando —
Míralo en aquel prado,
Desgreñada la crin, caído el cuello,
Por su ingrato jinete ya olvidado.
Su casco ayer el encrespado risco
Y la áspera montaña hería fuerte,
Y hoy pisa trabajoso blanda tierra.
Flaco, débil y mustio,
Próximo á ser despojo de la muerte,
Perdió su ardor natío
Para la cruda guerra,
Y en la carrera el arrogante brío.

Atleta corpulento
En medio el ancho circo
Sus colosales miembros ostentaba
Y su esbelta apostura ;
Y no bien entregaba
Con soberbio ardimiento
Y arrogante y gentil desenvoltura
El brazo á la pelea,
Cuando miraba, al ímpetu violento,
Á sus pies abatido
Al más fiero contrario,
En polvo, en sangre y en sudor teñido.
Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria
Su espíritu apocado no enardece ;
No busca ya el laurel de la victoria ;
El ceño de un contrario lo estremece ;
Á la sangrienta lid el cuerpo niega,
Y al ocio muelle y femenil se entrega.

Descuidado de ti, raudo caminas
Á igual destino, Olmedo ;
El fuego inspirador del sacro Apolo,
Que arrebató la mente á las divinas
Mansiones del Olimpo, aúde en tu alma ;

Tú conseguiste solo
Entre los vates del Perú la palma ;
Ya la suerte llorando
De aquel precioso niño
Que abrió sus ojos á la luz del día,
Aun atada la patria
Al yugo de la negra tiranía ;
Ya celebrando en inflamado tono
El venturoso instante
En que, vencido el pabellón del trono,
La patria enseña flameó triunfante.
Pero ¡ay! que sumergido
En ocio y en silencio,
No los labios desplegas,
Ni de tu acorde lira
El eco resonante al aire entregas,
Indócil tu albedrío
Al elevado numen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,
Que, irritado ese numen, niegue frío
Su inspiración al canto,
Y en heladas cenizas convertida
El ascua engendradora de esa llama
Que el corazón te inflama,
No elevarse atrevida
Tu voz sonora vuelva
En sublimes canciones ;
Que verde musgo envuelva
Las cuerdas de tu cítara, y no alcances
De tu inútil pulsar otra armonía
Que mal ligados sonen.

Y ¿verás impasible que se acerca
Ese funesto día,
Así á tus compatriotas doloroso
Como á ti vergonzoso,
En que, perdido el sacro privilegio
Que á regiones más altas te sublima,

Entre el profano vulgo te confundas?
¿Tal vez tu blando corazón herido
Por el punzante arpón de los pesares,
No puede complacido
Darse á dulces cantares?
¿Tal vez ausente de tu cara esposa
Y del único fruto
Que el cielo á tus amores reservara,
Ligada noche y día
Á tan tiernos objetos,
Huye al poder del Dios tu fantasía?
¡Ah! no: bien sabes, inspirado vate,
Que, cual suele apacible ventolina
Disipar densa niebla,
Tal la influencia divina
De las musas al alma pesarosa
Consuela, tierna amiga,
Con habla cariñosa,
Y la amargura del dolor mitiga.

¿Falta acaso á tu lira asunto digno?
¿No puedes dar lecciones
De paz y de grandeza á este hemisferio,
Elevados ejemplos presentando
De otras libres naciones?
¿No ves hondo venero de belleza
Entre los fastos del antiguo imperio?
¿Maldecir en tremendas armonías
No te es dado, los crímenes atroces
De los aciagos días
En que monstruos feroces,
Deshonrando de España el poder regio,
Con vil codicia y negro fanatismo
Cometieron el torpe sacrilegio
De hacer correr la sangre de los Incas
Mezclada con el agua del bautismo?

Ó bien, ¿por qué, las mieles destilando
De angelical dulzura

Que el Dios de la bondad puso en tu pecho,
Por qué no ensalzas con acento blando
De nuestros ricos campos la hermosura,
Y en recompensa digna
Del afecto que de ellas merecieras,
Por qué el gentil donaire y la ternura
No celebras, cantor, de las hermosas
Que habitan estas playas,
Y de las que se aduermen voluptuosas
En las vastas praderas
Con que da ufano tu pomposo Guayas
Orla siempre florida á sus riberas?
Tan culpable inacción destierra, oh vate:
Al mágico poder de tu armonía,
Haz que mi pecho ufano se dilate:
Canta, y el padre del Perú, bondoso,
Al canto sonoro,
Desde su solio diamantino ría;
Canta, y mi numen inexperto guía.

Lima, 1829.

LA ENTRADA DEL AÑO.

CANTATA Á LAS HERMOSAS DE LIMA.

Mirad, allá de Europa en las regiones,
Cuán sañudo se ostenta el viejo Enero,
De escarcha y seca rama coronado,
Por fieros aquilones
En su carro de nubes arrastrado.

Guíanlo en su sendero
Las Horas de la noche tenebrosas;
Y al rechinar horrendo de sus ruedas,
Responden tempestades horrorosas.

Mientras en la dulce Lima,
Galán hermoso, lo conducen ledas
Las juguetonas Náyades del Rima:
Las acompaña el céfiro suave;
Y ya de la más bella
En el nevado seno se adormece;
Ya en sus purpúreos labios,
Osado el beso sella;
Ya travieso le agita
El cabello coposo,
Que contraste vistoso
Á los ojos ofrece
Con los blancos jazmines que lo adornan.

Ciñe el año naciente
De floridas guirnaldas su ancha frente;
Y la tersa frescura
Y el rosado color de su mejilla,
De los frutos retratan la hermosura
Con que Pomona en nuestros huertos brilla.

¡Hijas de Lima hermosas!
Á gozar os convida
La aurora de la vida
Que entre celajes fúlgidos
Empieza á amanecer.
La estación suspirada
Ved llegar placenteras,
Que pinta lisonjeras
A vuestra mente imágenes
De amor y de placer.

Amad, gozad los rápidos instantes
En que os sonrfe juventud dichosa.....
Mas ¡ay! tras este Enero que os halaga,
Otro Enero vendrá y otros Eneros:
De la tarda vejez la nube aciaga
Cubrirá las mejillas rozagantes;
Y, cual suelen relámpagos veloces

Que atraviesan la atmósfera á deshora
Y entre la negra obscuridad se pierden,
Hechizos pasarán, amor y goces.

¿Y habrá el olvido
De sepultar
Los dulces rasgos
De la beldad,
Que dar al hombre
Grato solaz
Sabe, y las almas
Avasallar?

¡Ay! si vos lo queréis, vuestra belleza
Eternamente guardará la fama.
No de un amor vulgar la débil llama
Os arda el corazón. No la riqueza
Os cautive de avaro mercadante
Que encuentra más deleite en que su nao
Venturosa retorne
Al seguro Callao,
Que en la tierna sonrisa de su amante.

Tampoco os enamoren
Brillantes armaduras y penachos;
Que solamente á la beldad se abate
El alma del guerrero,
Hasta que suene la hora del combate;
Y en tanto que él entre las armas fiero
Busca muerte gloriosa,
En lágrimas acerbas
Se inunda el rostro de su triste esposa.

Él muere: erguida asoma,
Entre la densa niebla de los tiempos,
Su frente laureada;
Admira á los futuros; mientras ella
Cede al rigor de su infeliz estrella,
Y perece afligida é ignorada.

Amad á los poetas;
Y la posteridad vuestros encantos
Que encendieron amor correspondido,
Mirará, vencedores del olvido,
Eternizados en sonoros cantos
Por el vate feliz que os mereciera.
Y las hermosas que del Po lejano
Habitan la ribera,
Y las que ostenta el golfo gaditano,
Envidiosas verán los bellos ojos
De las hijas de Lima,
Que con vivacidad y con ternura
Resplandecen; la angélica dulzura
Del apacible rostro
Que la modestia anima;
El pie pulido y el airoso talle.

¡Oh! ¡Si el dios de Helicon
Mi disonante cítara templara,
Y con la llama pura
Que su frente corona
Mi espíritu inflamara!
Mi voz osada entonces,
Cánticos entonando á la hermosura
Que el cielo dió á las ninfas de mi patria,
Del ocaso á la aurora cruzaría
Y desde el Septentrión al Mediodía.

Lima, 1829.

EL PERU.

¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¿Qué vértigo satánico
Á numerosos pueblos rapidísimo,
Cual movidos por ímpetu mecánico,
Lleva á hundirse en abismo profundísimo?
¿Es hechizo funesto? ¿Es vicio orgánico?

¿Ó el desorden por mira del Altísimo
Atrinchera sus reales, estratégico,
Desde los Patagones hasta Méjico?

No, no es mira de Dios: nunca lo fuera;
En sus miras es Dios todo armonía.
Cuando presenta súbito en la esfera
Un mundo su eternal sabiduría
Á la fe ardiente de Isabel primera,
¿Será para que el mal su saña impía
Cebe en naciones que arrancó el bautismo
Á la garra infernal del paganismo?

¿Será para tener desposeída
Del goce angelical de la concordia
La ignorada región que con su egida
Cubrió su paternal misericordia?
¿Será para que América afligida
Sufra, á merced de bárbara discordia,
Bajo la Iglesia plagas más crüeles
Que bajo la impiedad de los infieles?

No, no es mira de Dios: que un continente
De riquezas sin fin no hizo venero
Para que objeto fuese eternamente
De compasión al universo entero.
Y si en predilección tan evidente
Ve el mundo de Colón dichoso agüero,
¿Qué la nación verá que fundó Manco,
Con quien fué el cielo en dádivas más franco?

De Dios la mira es otra. Dios piadoso
Muchedumbre nos dió mansa y sencilla,
Que así al imperio justo y generoso
Como al rüin y bárbaro se humilla.
Tesoro inesperado y portentoso
De nuestro mar improvisó en la orilla;
Y ríos nos creó que de canales
Crucen nuestros ardientes arenales.

Dios puertos nos abrió donde violenta
Nunca su furia el huracán ensaya;
Donde triste naufragio no amedrenta
Al morador de la tranquila playa;
Donde, al abrigo de feroz tormenta,
Ser rehusa el barómetro atalaya,
Como exigiendo, al verse en mar tan manso,
Su vigilante actividad descanso (1).

¿Qué queréis? ¿Perdurables monumentos
Que arranque á los cinceles la escultura,
Ó eleve sobre sólidos cimientos
Á las nubes la osada arquitectura?
Ébanos, robles, cedros corpulentos,
De las selvas pedid á la espesura;
Y bronces á las minas, y granito
Y mármol del albor más exquisito.

¿Quizá industria pedís? Igual riqueza
También al artesano laborioso
El patrio suelo brinda con largueza,
De cuanto vario, y útil y copioso
Puede ofrecer confort á la pobreza,
Pasto á la vanidad del poderoso,
Severa majestad á los altares,
Esplendor á las pompas militares.

¿No veis, no veis ese uniforme grana,
En que lucen, rivales de la seda,
La suavidad y el lustre de su lana,
Con que apuesto bretón guarda la rueda
Del coche de su augusta soberana?
Pues quizás todo del Perú proceda,
Y á él deban su finura y su decoro
El paño, el tinte y los galones de oro.

(1) Sabido es que el barómetro deja de marcar las variaciones del tiempo en las latitudes bajas de la costa meridional del Pacífico.

Dios en climas nos dió vario elemento
Con que á las producciones más extrañas
El Perú ofrece hospitalario asiento.
Dios del Perú crear en las entrañas
Quiso el carbón con que humillar el viento
Logra el vapor y el mar y las montañas;
Y, en fin, para encerrar nuestros caudales,
Dios los Andes alzó monumentales.

Mas de sus altos dones la riqueza
En nada más espléndida resalta
Que en la varia y gentil naturaleza
Que en el Oriente nuestro linde esmalta:
Rapto de admiración y de grandeza
Los más tibios espíritus exalta,
Al contemplar el cuadro portentoso
Que desenvuelve aquel edén suntuoso.

Árboles de titánica estatura,
Dosel cada uno de una tribu entera,
Que no encuentran rival en la hermosura
Del variado matiz de su madera,
Plantas y flores mil en que natura
Su caprichosa ostentación esmera,
Y que ciñen riquísimas coronas
Á la sien imperial del Amazonas;

Morera que da vida al laborioso
Gusano en sus talleres naturales,
Para vestir al prócer ostentoso
Y adornar los alcázares reales;
Algodón, que el inglés acopia ansioso,
En su sed de victorias industriales;
Y cautchú que es impenetrable egida
De la salud y de la humana vida;

Dulce caña jugosa y gigantea
Que veloz se propaga y veloz crece,
Dejando por raquítica y pigmea

La que en Asia y en Cuba el aire mece;
Tintes con que la Europa se recrea,
Y su industria matiza y enriquece,
Satisfaciendo con su activo influjo,
Los caprichos fantásticos del lujo;

Vasta copia en raíces y animales
Al sustento y al gusto provechosa;
Cocoteros, almendras, cafetales;
En tamaño á la almendra sustanciosa,
El fruto nutritor de los maizales
Haciendo competencia victoriosa;
Y tú, rey de los néctares, cacao,
Delicia del almuerzo y del sarao;

La vid que dos montañas entapiza
Hallando en ellas protector arrimo,
Y en variado, festón que el sol matiza,
Luce con esplendor su áureo racimo;
Mientras entre ambos cerros se desliza
El manso rey de aquel estado opimo,
Que, sumiso, á más alto soberano,
Va fiel á acompañarlo al Oceano;

Y apacibles las auras tropicales
Refrescan la carrera ya adornada
Por las valiosas galas vegetales;
Y la alegría con plácida alborada,
De forma y de colores ideales,
Muchedumbre de pájaros variada;
Rindiendo así en sus pompas la comarca
Respetuoso homenaje á su monarca;

La tuna, á quien tranquilas posesiones
No bastan en los campos dilatados,
É invade las ruidosas poblaciones,
Para arraigarse en torres y tejados (1);

(1) No hay nada en esto de exageración. Cualquiera que haya viajado por el in-

Sandías y aromáticos melones,
Para fácil transporte tan pesados,
Que ya los reconocen las florestas
Como los anfitriones de sus fiestas;

La palta que da al pan, su compañero,
Gusto mejor que la batida nata;
La lúcuma que de hábil repostero
La más feliz inspiración retrata;
La frutilla esparcida en el otero
Cual perfumada alfombra de escarlata;
El plátano á que dan retrete umbroso,
Fajas de raso en pabellón vistoso;

Odorífera piña que arrogante
En follajes simétricos se asienta;
Naranja que su humor refrigerante
Y su dorada redondez ostenta;
Del clima tropical blasón fragante
Chirimoya exquisita, que presenta
Úfana en nuestros huertos á Pomona
El más rico florón de su corona;

La guayaba que lejos, altanera,
Se anuncia en los aromas que derrama;
La fresca grananilla que ligera
Por árboles y riscos se encarama,
Y miles más de frutas; que arduo fuera
Recomendarlas todas á la fama,
Y celebrar en tonos dignos de ellas
Su fragancia, sabor y tintas bellas;

De especies en corteza y en resina
Inmenso acopio. Saludable aceite;
Perfumes en que fácil se combina

terior, habrá visto en muchas poblaciones nacer los tunales en los techos, en los campanarios y hasta en las cornisas de los edificios.—*Nota del Autor.*

De olfato y paladar amplio el deleite;
Cuanto para triunfar la medicina;
El femenil orgullo para afeite;
Cuanto para reinar en todas partes
El comercio, las ciencias y las artes;

Cuanto para sustento y embeleso
La humanidad; cuanto en su sed violenta
Puede el siglo pedir para el progreso;
Cuanto el afán emprendedor fomenta;
Cuanto con noble y maternal exceso
En su vegetación la tierra ostenta,
Sin que el arado sus entrañas rompa:
Todo allí resplandece en regia pompa.

La civilización está en la infancia.....
Cierto, ¡oh dolor! mas genios hay incultos
Que roban, á pesar de su ignorancia,
Al arte sus misterios más ocultos;
Y por los que, humillada su jactancia,
Algún día verán pueblos más cultos,
Si del cultivo al refulgente lampo,
Solicito el poder les abre el campo.

Tal profusión de dones, tal riqueza,
¿La voluntad de Dios no hacen patente
Que siglos de ventura y de grandeza
Guarda al Perú y al vasto continente?
Mas para combatir nuestra tibieza
El fin de su obra reservó prudente;
Y del mortal encomendó al anhelo
El fruto cosechar que formó el cielo.

¡Encomendó al mortal! ¡Difícil cargo
Para el mortal que entre tinieblas gime,
Si de la obscuridad y del letargo
Inteligente acción no lo redime!
¡Ah! ¡Cese ya destino tan amargo,
Y la infeliz nación, á quien oprime

De la ignorancia el hórrido vestiglo,
Marche en la senda que ilumina el siglo!

Industria, activo cambio, agricultura,
Sólo de sabia dirección carecen;
Y es celo ardiente, buena fe y cordura
Cuanto en sus escogidos apetecen.
No pide más la nacional cultura,
Y puéblanse los yermos y florecen
A impulso del vapor y de la fragua
Y al refrigerio creador del agua.

Cultura el pueblo, sí: la turba ociosa
Que en la inacción y crápula vegeta,
Es tiempo ya que en servidumbre honrosa
De la razón al yugo se someta:
Es tiempo ya que activa y ardorosa
Se afane por su bien, cual bulle inquieta
Cuando al influjo de anarquista aleve
Á trastornar la sociedad se mueve.

Y ¿así de la ambición á la arteria,
También no prostitúyese, insensata,
Del sufragio en la torpe granjería?
Y ¿así también la autoridad no acata
Cuando la autoridad dura é impía
Á esposa, hijos y hogares la arrebató,
Para comprar, á precio de su vida,
El laurel de contienda fratricida?

Pues si obedece, que en su pro obedezca,
Y que á labrar su dicha se le enseñe,
Y con la suya, la común acrezca;
Y en el progreso nacional se empeñe;
Y en la *honrada labor* no desfallezca;
Y sólo en ella su ventura sueñe;
Y rompa de la tierra las entrañas,
Y allane las altísimas montañas.